

Cátedra de Realidad Nacional

**El impacto de la exclusión social en
los derechos humanos de los sectores
vulnerables frente a la crisis económica
mundial***

Lilian Vega**

Buenas noches a todas las personas reunidas en este recinto universitario, gracias por conmemorar junto a nosotros, la comunidad universitaria de la UCA, los 20 años del asesinato de las dos mujeres que llevaban a cabo labores de reproducción de la vida, víctimas del todo inocentes, y de nuestros sacerdotes mártires, incansables luchadores por la transformación emancipadora de nuestro pueblo.

También quiero agradecer a todos aquellos que nos escuchan a través de la radio, fieles oyentes, a quienes nos debemos, en tanto intentamos ser la voz que proclama la esperanza, denuncia la injusticia y anuncia la transformación hacia una mejor sociedad.

Por supuesto, también agradecer a todos aquellos identificados con el espíritu de la Universidad y sus mártires, quienes no viven en nuestro país y nos escuchan a través de Internet. Sin duda, esta conexión que desafía el tiempo y el espacio los acerca a nuestro sentir y vivir de estas fechas.

Gracias a los organizadores, quienes confiaron en mí para hablar en esta cátedra. Es una gran responsabilidad para mi persona, hacerme cargo de estos pocos minutos, en los cuales intentaré revalidar la opción preferencial por los pobres que marca el martirio de nuestros sacerdotes y la esencia de la Universidad.

Lo que expondré a continuación se divide en tres partes: la primera dedicada a un análisis crítico de la crisis; la segunda, a la relación entre esta interpretación diferente de la crisis y la opción por la transformación de la sociedad; y, por último, una apología de la esperanza por un mundo nuevo.

* Discurso ofrecido en la Cátedra de Realidad Nacional, en noviembre de 2009, en el marco del XX aniversario de los mártires de la UCA.

** Jefa del Departamento de Economía, UCA>

Sobre la crisis

Un análisis marxista de la crisis actual se centra en proponer que la crisis —por cierto, cíclica e inherente al modo de producción capitalista— resulta del hecho de que las condiciones de producción de la plusvalía no implican automáticamente las condiciones de su realización. Si la creación de plusvalía se da en el proceso de producción a través del trabajo no pagado a las personas que trabajan, la realización de la misma se da en la circulación mercantil, es decir, en la compraventa en el mercado.

Me parece pertinente recordar que el modo de producción capitalista se caracteriza por el hecho de que los medios de producción y la fuerza de trabajo son mercancías, esto es lo que posibilita la relación capital/trabajo asalariado. Esta situación implica varios aspectos: (1) un trabajo no inmediatamente social, ya que se da una contradicción entre trabajo privado y trabajo social, el producto socialmente producido se distribuye privadamente; (2) una disposición fragmentada de los medios de producción (es decir, propiedad privada en el sentido económico); (3) fluctuaciones de las inversiones en el tiempo en función de la ganancia, lo que también puede ocurrir en otros modos de producción, pero por otras razones; (4) contradicción entre valor de uso y valor de cambio; y (5) contradicción entre mercancía y dinero. Como todo proceso cíclico, las crisis siempre surgen luego de un período de auge en el cual, típicamente, sucede una sobreproducción de capitales y de mercancías, los primeros más bien especulativos y los segundos más bien innecesarios. En otras palabras, una sobreproducción de valores de cambio.

Para la empresa privada, como se suele llamar de forma eufemística a la clase dueña de los medios de producción, la crisis se experimenta a través de una caída tendencial de la tasa media de ganancia. Esta situación resume las contradicciones inherentes a este sistema de producción.

La jerga económica dominante —no marxista, por supuesto— ofrece explicaciones elaboradas utilizando terminología como “crisis de confianza en los agentes económicos”. En esta época de capitalismo global y financiero, las crisis derivan en recesiones mundiales en las que se combina la caída de la producción (artificialmente alta, por cierto) e inflación. Esta supuesta crisis de confianza puede explicarse de la siguiente manera: en su afán de realización de las mercancías para lograr hacerse de la plusvalía, el sistema permite o promueve una inflación del crédito, o moneda fiduciaria, de los medios de pago cada vez menos sustentados en activos con valor real (es decir, en la creación de capital financiero ficticio). A las personas se les induce a endeudarse, en el mejor de los casos, en vivienda; en el peor, con tarjetas de crédito. Las empresas se dedican a crear “títulos-valor”, que venden ofreciendo ganancias que dependen del pago de las personas de escasos recursos en relación a sus deudas. Al romperse la cadena de pago al inicio, se quiebra la base del sistema fiduciario.

Esto provoca una cada vez mayor desorganización del sistema monetario de los países centrales y del sistema monetario internacional, con crecientes

riesgos de hundimiento de todo el sistema financiero global, como se ha podido evidenciar en los últimos tiempos.

De forma hipócrita, los capitalistas y sus ideólogos de los centros hegemónicos de poder, y de supuesto conocimiento verdadero, concentran las explicaciones del problema en las dificultades de pago de las personas que adquirieron deudas sin tener los niveles y estabilidad de ingreso para honrarlas.

Los detonadores de las recesiones de 1974-1975, de 1980-1982, de 2000-2001 y la actual son los mismos y sus desarrollos coinciden con el desarrollo clásico, desde el análisis marxista: superproducción en los sectores clave de la expansión precedente: construcción inmobiliaria, nuevas tecnologías, petroquímica, automovilismo, entre los principales (en este último ciclo, sobresalen la construcción inmobiliaria y las nuevas tecnologías), baja de la tasa media de ganancia, agravación de las tendencias especulativas e inflacionistas, obligación para la burguesía de iniciar una política deflacionista, desempleo en rápido aumento y, debido a esto, contracción de los mercados internos, ascenso del proteccionismo y contracción del mercado mundial.

Conjuntamente, se da otra serie de fenómenos mucho menos declarados en los medios de comunicación y en los centros de pensamiento y análisis socioeconómico, los cuales se desenvuelven de forma paralela: (1) el mantenimiento de una tasa de crecimiento anual de la productividad bastante elevada, o sea que los trabajadores cada vez producen más; (2) disminución de las ganancias monopolísticas de las grandes compañías multinacionales (esto contribuye a disminuir la tasa media de ganancia); y (3) la tasa de crecimiento de la producción resulta menor que la tasa de crecimiento de la productividad. Estos tres fenómenos coadyuvan al aumento del desempleo y a una compulsión por la austeridad de la burguesía, y esta última se traduce principalmente en una presión a mantener congelados los salarios.

La tendencia a un mayor desempleo cíclico se evidencia en las estadísticas: en 1975 se contabilizaron 15 millones de personas desempleadas en los países centrales, 20 millones en 1978, 40 millones en 1985, 230 millones en 2009. En El Salvador, en 2000 se reportan 178,896 desempleados, y 188,746 en 2006. Llamo la atención sobre la subvaloración de estas cifras, ya que la cifra de empleados esconde realidades que no pueden ser catalogadas como un empleo digno, según la terminología de la OIT. Por ejemplo, no incluye a todas y todos aquellos que según la jerga y razonamiento económico burgués han abandonado el mercado de trabajo porque “deciden” estar en la Población Económicamente Inactiva (PEI), porque han perdido toda esperanza de encontrar un empleo digno; aquí se incluye principalmente a mujeres destinadas al trabajo reproductivo en sus hogares, o los trabajadores inmigrantes devueltos hacia sus países de origen. También esconde la realidad del subempleo, sobre todo el invisible, el cual corresponde a todas aquellas personas que trabajan más de las 44 horas semanales de la jornada laboral establecida, pero que obtienen una remuneración inferior al salario mínimo establecido; 43 de cada 100 trabajadores se encuentran en esta situación.

Aunque la onda larga depresiva es mundial, existe desincronización entre los países centrales imperialistas, específicamente Estados Unidos y la zona del euro, y los países que han dado en llamar “emergentes”, como Brasil, India o China, los cuales han logrado mantener una tasa de crecimiento positiva y relativamente elevada. Así, para Estados Unidos se estimó preliminarmente un crecimiento menor al 1% en 2008, cerca del 0.5% para la zona del euro, mientras que para China se estimó más del 8% y para Brasil cerca del 5%, ese mismo año.

En los países subdesarrollados, como el nuestro, este ciclo recesivo implica un cambio de la situación socioeconómica y política. Sobre todo si por parte del Gobierno se han llevado a cabo las recomendaciones de los centros hegemónicos de pensamiento y financiación, específicamente el Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional y AID, entre los principales; recomendaciones que giran alrededor de la necesidad de dejar que las fuerzas del mercado actúen, des-regulando y des-interviniendo la economía por parte del Estado, lo que se conoce como el consenso de Washington o como el programa de ajuste estructural, o la desregulación y privatización de la economía, o el modelo neoliberal. El Salvador y los Gobiernos desde finales de los años ochenta hasta la fecha han sido fieles observantes de dichas recomendaciones.

Esta crisis económica, agravada por la precaria situación fiscal que enfrenta el actual Gobierno, la vulnerabilidad ambiental y la violencia e inseguridad ciudadana, significa para el país una pérdida de credibilidad de los proyectos de impulso a nuevos sectores productivos (típicamente, servicios), una caída brutal de los niveles de bienestar de la mayoría de la población. Y, para los más pobres, una tragedia que incluso se actualiza con la muerte por hambre, de la cual, para vergüenza nuestra, sobre todo de quienes nos consideramos progresistas y en pie de lucha por el cambio social, no hemos tomado conciencia. Esta tragedia se resume en una pauperización absoluta de las clases más excluidas, producto de ingresos salariales a niveles que no alcanzan ni para la adquisición adecuada de alimentos.

La opción social y transformadora de la sociedad, y la necesidad de una interpretación diferente de la crisis

El hecho de insistir en un análisis marxista de la crisis no tiene que ver con una preferencia ideológica de izquierda, aunque cierta, sino, sobre todo, por una honestidad en la búsqueda por entender, explicar y tratar de encontrar formas de superar esta situación de inequidad y opresión que vive gran parte de la población. También es un aporte en la lucha ideológica que se lleva a cabo en el seno de la opinión pública, en la cual la clase dominante despliega todo su arsenal discursivo para crear en la (in)conciencia colectiva una idea mítica de la realidad, que evite la lucha por liberarse de ella.

Es importante, por esto, lograr el despertar de todas aquellas personas que, con las excusas más contradictorias, aceptan la crisis como inevitable y se contentan con proponer recetas para administrarla con recomendaciones

de austeridad y sacrificio para la población, por supuesto cuidando de no desincentivar en demasía la inversión privada, que, según el discurso dominante y alienante, es la única capaz de asegurar empleo.

Este discurso contrahegemónico que proponemos está por una alternativa anticapitalista y solidaria, y no a favor de una política de austeridad para la población y profundización de la propiedad privada de los medios de producción. A continuación, algunas argumentaciones de la clase dominante y su contrapartida desde una explicación más marxista.

- “La crisis es el resultado inevitable del alza excesiva de los salarios directos e indirectos durante la fase de expansión precedente”. Esta argumentación está relacionada con el establecimiento de salarios mínimos fuera de equilibrio, por encima de este. En nuestro país, nada más fuera de la realidad, pues los salarios permanecen secularmente por debajo de un nivel que permita la reproducción de la fuerza de trabajo, de tal manera que los y las trabajadoras del país sufren una violación constante de sus derechos económicos, producto de la sobreexplotación, ya que el salario que reciben no cubre ni siquiera el costo de su reproducción material y espiritual.

Los datos: en El Salvador, el valor del conjunto de bienes y servicios que una familia promedio consume, en 2008, fue de cerca de \$760 mensuales, mientras que el ingreso promedio de la población trabajadora del país fue de cerca de \$300, esto es, menos de las dos quintas partes de lo que necesita; el salario mínimo es todavía menor: \$192.30 para el comercio y los servicios, y \$83.40 para quienes recolectan azúcar.

- “La crisis es una crisis de confianza de los mercados bursátiles y financieros, primero estadounidenses y luego del resto del mundo”. En realidad, no es una crisis de falta de confianza, sino una crisis de sobreproducción de medios de pago sin sustento real, es decir, de tipo especulativo, como la titularización de créditos hipotecarios. En la lógica de valoración del capital y maximización de ganancias, el capitalismo utilizó, a una escala como nunca antes vista, la creación de capital (financiero) ficticio y de medios de crédito hacia los no capitalistas para ampliar la demanda, que de otro modo resulta insuficiente para lograr la realización de las mercancías.
- “La crisis es el resultado inevitable de la inflación provocada por el alza de los precios del petróleo”. Los precios del petróleo responden a los cambios en la demanda, principalmente de los países desarrollados y, dentro de ellos, de Estados Unidos. Más que un problema de los precios del petróleo es un problema de uso excesivo de energía, debido a un modelo de crecimiento basado en la utilización irracional de energía, en relación a la capacidad de la Tierra de soportarla.

El actual ciclo recesivo puede resolverse con un mecanismo de relanzamiento y de redespliegue internacional de la acumulación de capital privado,

proceso que el capitalismo ya ha sido capaz de realizar en otras ocasiones; por ejemplo, la respuesta keynesianista a la Gran Depresión de 1929, y que, en esta ocasión, está en vías de llevarse a cabo. Una muestra son las intervenciones millonarias de Estados Unidos, Inglaterra y otros países centrales para salvar las empresas financieras, primero, y, luego, empresas del sector real, sin que haya, al mismo tiempo, dinero destinado a solventar los problemas de pérdida de vivienda o empleo de la población excluida de la propiedad de los bienes de producción.

Lo dramático de la explicación neoclásica de esta y otras crisis del capitalismo es que, siendo irracional, es aceptada por la mayoría de la población, lo cual hace que esto adquiera significancia grotesca. Pero, a pesar de que se pueden descartar estas pretensiones de cientificidad de los discursos preeminentes que se generan en los centros de pensamiento burgués y se distribuyen por los medios de comunicación privados, sería ingenuo pensar que carecen de importancia. Al contrario, su importancia es mayor, pues son instrumentos al servicio de las clases dominantes para lograr obtener legitimidad, al crear, en el imaginario colectivo, certeza sobre la veracidad de postulados a favor de mantener el capitalismo como sistema de producción global. Entre los principales postulados, se encuentran:

- La culpa está en manos de la clase obrera y de la poca flexibilidad laboral de la misma, pues esto evita que las empresas puedan enfrentar las crisis.
- Los países productores de petróleo crean crisis de precios al manipular la producción y, por tanto, su nivel de precios.
- La crisis y la globalización son realidades inescapables; por lo tanto, lo que queda es ajustarse a ellas.
- Es necesario proteger y subsidiar a la empresa privada, pues es la única que puede generar empleo y disminuir los problemas derivados de la recesión. Esto justifica las concesiones declaradas inevitables a los imperativos de la austeridad, es decir, a los imperativos de la ganancia.

Este bombardeo mediático, político y económico busca legitimar el aumento de la presión hacia los y las trabajadoras, lo mismo que el trasladar los costos de la crisis hacia ellos y el resto de ciudadanos no propietarios de los medios de producción, para que la población no reconozca que es el sistema capitalista global el responsable de esta crisis y del resto de crisis planetarias, incluyendo la ambiental y la alimentaria. Es un mecanismo, de entre otros, para impedir el surgimiento de una alternativa solidaria, de otra forma de organizar la producción y la distribución del producto creado, por la cual amplias masas populares estarían dispuestas a organizarse para luchar y lograrlo.

La crisis y nuestra responsabilidad como comunidad universitaria de inspiración cristiana

Sin duda, el actual ciclo depresivo es muy fuerte, sobre todo si a esta caída en el crecimiento se le agregan la crisis ambiental, energética, alimentaria y de (in)seguridad en todo sentido, que las personas experimentan a lo largo y ancho del planeta. Estamos convencidos de que el sistema capitalista es el responsable de gran parte de estos problemas. Ya Marx indicaba que es en las crisis en donde se expresa la tendencia del capitalismo a transformar periódicamente las fuerzas productivas en destructivas. Por supuesto, su grado de destrucción está directamente relacionado con lo grave de la crisis y con la necesidad de soluciones capitalistas urgentes para salir de ella. A lo anterior se suman los procesos de calentamiento global, crisis alimentaria y hambruna en muchos lugares del mundo, la crisis energética, mucho más allá que solo el petróleo. Hoy como nunca, el potencial destructivo del capitalismo es tal que la especie humana está en peligro de extinción si no se corrige la trayectoria del patrón de crecimiento y consumo energético mundial, provocado y demandado por las empresas capitalistas.

Esta crisis nos permite reflexionar sobre alternativas futuras: la barbarie y destrucción, o una opción alternativa más solidaria, más fundada sobre el trabajo y no sobre el capital. Ya en la época del holocausto y la Segunda Guerra Mundial, la barbarie era tal que el mundo se espantó de ella; sin embargo, en la actualidad, los niveles continúan en ascenso. Innumerables guerras, algunas con argumentos de “seguridad nacional”, la vigencia de métodos de tortura justificados por los países llamados desarrollados, civilizados. La banalidad del mal, de la que hablaba Hanna Arendt, es ahora más cotidiana que nunca. La existencia de barbarie en el mundo no es propagandística, al contrario, es real y transmitida por los medios de comunicación como algo natural de la vida en sociedad del ser humano. La necesidad de encontrar alternativas al capitalismo es ahora una necesidad para la supervivencia de la vida humana en la Tierra. No se trata tan solo de una lucha entre una clase dominada (la mayoría) contra la dominadora (la minoría), sino de la lucha por la vida del ser humano en la Tierra. ¿Dramático? Diría realista.

Ya el padre Ellacuría, en octubre de 1988, en la inauguración de un congreso celebrado en Berlín, en el cual participó como copresidente del mismo con la ponencia titulada “La construcción de un futuro distinto para la humanidad”, decía a propósito de la realidad mundial que él vivía:

Ha de decirse que este mundo dominante lleva en su propio dinamismo intrínseco una enorme potencia de dominación, de opresión y, en definitiva, de muerte. La mejor demostración de ello es que nunca ha habido tantos hombres que hayan vivido tan mal [...] ha de afirmarse contundentemente, primero, que la maldad impuesta de ese “vivir mal, de ese vivir “muriendo” en lugar de vivir “viviendo”, se impone por sí misma y, sobre todo, en relación con quienes dicen vivir bien, últimamente a costa de quienes viven mal.

Más adelante en el discurso, esboza algunos aspectos de este futuro distinto para la humanidad, de la siguiente manera:

Pues bien, lo que parece ser la raíz originaria de los males del mundo presente, tal vez pudiera definirse como civilización de la riqueza, entendido el término riqueza en toda su complejidad [...]. La civilización dominante en nuestro mundo, no obstante las diferencias que se dan en él, está construida básicamente sobre la necesidad de acumular; se piensa y se estima que solo la acumulación de riqueza puede ofrecer seguridad personal, libertad, posibilidad de no ser dominado por los otros y dominar a los demás, posibilidad última de alcanzar el poder, la estima, el placer y aun la capacidad misma de desarrollo cultural. Y, lo que es más grave, no se trata de un fenómeno tan sólo personal o colectivo, que surja primariamente de una opción razonada y libremente escogida, sino que se trata más bien de haber dejado que la dinámica propia del capital se convierta en la fuerza dominante de nuestro mundo, tomado este como un todo y aceptadas las diferencias dadas dentro de ese todo [...] No solo se sitúa la dinámica del capital sobre la naturaleza del trabajo, sino que se desvirtúa el trabajo mismo y se lo valora conforme a su capacidad de acumular capital.

Si una de las raíces profundas de nuestros males estriba en haber configurado la civilización dominante como una civilización de la riqueza, y si el modo de construir el futuro debe hacerse mediante una negación activa del presente, parecería que la solución ha de buscarse por la creación de una civilización de la pobreza [...]. Pero es que la civilización de la pobreza no se denomina así porque propugne una vida materialmente miserable, la cual se da mundialmente precisamente por o con el predominio de la civilización de la riqueza, sino porque es lo contrario de ésta, porque es su negación superadora y no simplemente una búsqueda de la pobreza por sí misma. Si la civilización de la riqueza pone su centro en las demandas del capital y en la acumulación privada (nacional o personal) y hace de ello no sólo el motor de la historia sino que deja en sus manos la dirección de la misma, la civilización de la pobreza pone ciertamente como condición básica la satisfacción segura y permanente de las necesidades básicas de todos los hombres, pero, logrado esto, hace del desarrollo libre de la persona y de los pueblos la fuerza motriz principal y la utopía orientadora del presente.

Sus palabras son, en este día 11 de noviembre de 2009, totalmente vigentes.

En esta lucha por la vida, la ceguera de la clase capitalista provoca el empeño por conquistar y reconquistar los mercados, ya sea perdidos o por llegar a los pequeños espacios en los que no alcanzan sus tentáculos. Entre los obstáculos se encuentran todos los movimientos sociales antisistema: los ecologistas, las feministas, los comunitarios, los desempleados, los sindicalistas y los trabajadores conscientes, los pacifistas, los anticonsumistas; también los países hoy llamados del socialismo del siglo XXI. Esta ceguera conlleva a que la militarización esté hoy a la orden de la seguridad y el antiterrorismo, manejando, de manera similar a los discursos económicos, discursos políticos que legitiman el terrorismo de Estado y el terrorismo de países contra otros países o contra pueblos. Como la invasión a Irak, las políticas de “súper mano dura” en nuestro país, o la carrera armamentista del Cono Sur. Sin duda, la respuesta represiva a estos movimientos es una amenaza presente.

La derrota de la clase capitalista mundial será una posibilidad solo si los movimientos antisistema, unidos con la ciudadanía convencida de la necesidad de otro sistema para la sobrevivencia futura, persisten en su rebeldía, en su resistencia, en su lucha, y logran crear conciencia de realidad, logran desmitificar la narrativa dominante, y, consecuentemente, logran acción de lucha revolucionaria. Entendiendo por revolucionaria no la violencia armada en aras de tomar el poder, sino el trabajo cooperativo, solidario, en armonía con el medioambiente y la vida en general, y consistente con la equidad a todo nivel: de género, etario, territorial; el trabajo por estrechar lazos de sistemas de producción “trabajistas”; y una comunicación creadora de conciencia y reflexión ciudadana para avanzar en dejar de ser marginales al sistema. Es decir, “llegar a su estómago y plantear con un verso una verdad” para dejar de soñar con la serpiente, porque esta estará destruida. Es hacer real la posibilidad siempre presente que planteaba Walter Benjamin, esta posibilidad de interrumpir el curso de la historia actual del capitalismo, irrumpir y quebrar este desenvolvimiento para volver a los sueños de traicionados de las generaciones pasadas, que confiaban en la humanidad y en la sociedad. Que soñaban con la vida plena y en un buen vivir.

Es la lucha por una sociedad sin explotación, sin injusticia, sin violencia. La convicción debe ser esta, de lo contrario las luchas serán fragmentadas, discontinuas, marginales y sin posibilidad de iniciativa y vigencia política.

La lucha no es fácil, pues la sociedad burguesa y sus agencias poseen la iniciativa política, mediática y cultural, además del poder militar. Además, ésta, en su conjunto, se caracteriza por combinar una racionalidad parcial y una irracionalidad global. Esta irracionalidad global es invisible para la mayoría, pero es la que tajante y crudamente se impone y nos lleva al abismo ambiental, y en el pasado nos llevó al holocausto. Es decir, todavía es tiempo de revertir la historia, pero es cada vez más apremiante iniciar la marcha en reversa.

El objetivo central de la ofensiva burguesa no es solamente anticomunista, como se proclamaba en el pasado, sino antimarxista, antisocialista, anti toda aquella forma de entender la vida que amenaza la propiedad privada de los medios de producción, ya sea directa o indirectamente. Esta ofensiva no es solo en el ámbito político, sino también en los medios de comunicación, en las universidades burguesas, en el desarrollo tecnológico, en las Iglesias conservadoras, y es, con seguridad, en contra de los ideales de la razón occidental y de los ideales judeocristianos.

Quienes laboramos en la Universidad Centroamericana “José Simeón Cañas” conformamos una comunidad de saber, docencia y acción social con inspiración cristiana, en la cual fueron asesinados los mártires jesuitas que trabajaron por la redención y emancipación de las mayorías populares; como miembros de esta comunidad académica, estamos obligados a no traicionar estos ideales.

En esta coyuntura actual, es preciso desencadenar una ofensiva teórica pujante para defendernos de la bestialidad de la serpiente, que cuente a su vez con medios y materiales de comunicación masiva y alternativa.

En este momento de la historia, el capitalismo está en crisis, las respuestas alternativas pasadas no son solución; sin embargo, existen respuestas construidas desde la marginación o desde Estados más proclives a lograr un sistema de producción más social y menos privado, más inclusivo y menos excluyente, más equitativo y menos sesgado a una clase propietaria de los medios de producción.

La contradicción principal de la situación mundial es que, a pesar de la imposición sobre el imaginario colectivo de la idea que el capitalismo es el único sistema posible de organización de la sociedad y la producción, la realidad se impone con su cada vez más mayoritarias masas excluidas de los beneficios —posiblemente espurios— del sistema, y estas siguen luchando, a veces de forma no totalmente consciente, en muchos lugares del mundo, en países de escala micro y en grandes ciudades. Las voces disonantes se escuchan, y la burguesía internacional no ha sido capaz de aplastar los movimientos sociales antisistema, como lo han hecho antes con los movimientos obreros de los años treinta y cuarenta en Europa y Japón, o en los años treinta en El Salvador con la masacre campesina, o en las guerras civiles de los países centroamericanos.

La existencia de estos movimientos es el resultado de la comprensión tardía, acaso, pero sin duda renovadora, de la realidad económica y social de sus propias comunidades y del mundo en general. Esta es una respuesta que va más allá de lo puramente teórico y propagandístico, es una respuesta que surge de la necesidad de sobrevivencia de los grupos excluidos, sean estas comunidades, familias, regiones o países.

Hay mucho en construcción, es un deber de los intelectuales acompañar este cambio en la realidad con reflexión que dé sentido de emancipación. Debemos crear bases sólidas para sustentar la credibilidad de una sociedad alternativa, en la conciencia, la racionalidad y la sensibilidad de millones de mujeres y hombres. Esto no será posible de lograr si no se tiene como punto de partida las principales necesidades y preocupaciones de estas mayorías populares. No solo en la reflexión y teorización, sino sobre todo en la acción pública, todo modelo económico alternativo debe incluir propuestas y acciones que, de un modo concreto y eficaz, ayuden a las mayorías a luchar de manera exitosa por su buen vivir. Como está expresado en la frase de Ignacio Ellacuría que enmarca esta conmemoración: “Liberación de lo que pueda estimarse como opresión injusta de la plenitud y de la dignidad humana; liberación del hambre, la enfermedad, la ignorancia, el desamparo; liberación de las necesidades falsas, impuestas por una sociedad de consumo”.

Es seguro que una respuesta vacía de realidad, basada en propaganda, no podrá dar satisfacción ni convencimiento a las grandes mayorías. Se necesita que exista, en los hechos, en la realidad, un modelo de sociedad de

transición que trascienda en forma tajante los abusos, aberraciones, desastres, desigualdades y opresiones que existen a lo largo y ancho del mundo. Un sistema que apunte a cumplir lo que escribió el profeta Isaías en el siglo VIII a. C., capítulo 65, versículos del 20 al 23:

No habrá más allí niño que muera de pocos días, ni viejo que sus días no cumpla; porque el niño morirá de 100 años, y el pecador de cien años será maldito. Edificarán casa y morarán en ella, plantarán viñas y comerán el fruto de ella. No edificarán para que otro habite, ni plantarán para que otro coma; porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis escogidos disfrutarán la obra de sus manos.

La resolución de esta crisis en un mundo complejo, dominado por un desarrollo científico y tecnológico que escapó a la imaginación de los más visionarios, es difícil; además, junto a este desarrollo se ha organizado un sistema económico, político, cultural y social demasiado complejo y abundante en catástrofes. En esta realidad, es prepotente en demasía creer que puede ser administrada por algunos que se consideran expertos —posiblemente, cada vez más sobreespecializados y menos competentes para afrontar problemas y fenómenos complejos— o por algunas minorías elitistas burguesas. Por lo mismo, esta crisis mundial es demasiado grave para que se la deje a merced de las leyes “objetivas” del mercado, las cuales se cumplen si no a espaldas de la humanidad, en contra de ella.

Esta crisis podría ser resuelta de forma que cambie la dirección autodestructiva actual; para ello, las mayorías populares excluidas, y por lo mismo empobrecidas, deben tomar en sus manos la gestión de sus propios asuntos, esto incluye todo lo que necesitan para el día a día cotidiano, por ejemplo, en el ámbito económico, contar con empresas solidarias; en el ámbito social, con sistemas de seguridad y previsión social comunitarios; en el ambiental, con conciencia y acción en procesos amigables con el medioambiente; en el mediático, con sistemas de comunicación alternativos y populares.

Vital importancia posee la socialización de los medios de producción, con una planificación sobre la base de objetivos de vida, no de mercado, prioritarios, establecidos democráticamente con el pluralismo de opiniones e ideas indispensable en la democracia, por el conjunto de personas que se constituyen en productores y consumidores, y con una gestión basada en el poder de los y las trabajadoras del mundo entero.

Impulsar y acompañar las luchas antisistema

No es un dogmatismo ni una utopía, en el sentido de irrealizable. Millones de personas que no están todavía conscientes de la posibilidad de lucha pueden aceptar el desafío, si este es **formulado de forma concreta**, y, así, desencadenar amplias luchas revolucionarias en las formas más diversas y combinadas, cada grupo humano o comunidad con su propia idiosincrasia.

¿Qué significa ser concreto? Responder con propuestas claras y acciones específicas a preguntas como ¿qué tipo de producción agroalimentaria es

posible y necesaria?, ¿en cuáles tierras?, ¿con cuáles materiales de construcción y con qué tipo de diseños se pueden construir casas que resistan inundaciones, huracanes, terremotos?, ¿con quiénes podemos intercambiar ropa por alimentos?, ¿cómo se logra contar con energía limpia? ¿En dónde ubicar las guarderías y ludotecas?, ¿cómo valorizamos e intercambiamos el trabajo de cuidado con el resto de bienes necesarios para la vida?

Acciones concretas necesitan cambios concretos como, por ejemplo, una redistribución radical de los recursos existentes y una revisión substancial del modo en el que se decide la utilización de estos; un cambio profundo en la forma que se **distribuye y usa el poder** en la decisión sobre dicha utilización.

El reto histórico es ser capaz de impulsar, sin reservas, luchas antisistema para alcanzar los objetivos más sentidos de la humanidad, ser leal a las aspiraciones de quienes han sido oprimidos a lo largo de la historia, de quienes han muerto mártires por la lucha, de quienes han sacrificado su vida por este sueño.

La pregunta se impone: ¿es posible realizar y extender un modelo alternativo al capitalismo hegemónico, globalmente, sin un objetivo explícito de toma de poder político o de Estado? Tenemos evidencias de presiones a Gobiernos progresistas que llevan a cabo acciones a favor de los menos favorecidos, como es el caso de Manuel Zelaya en Honduras, y de Gobiernos que se denominan de izquierda y se reconocen progresistas, pero que actúan en consonancia con el capitalismo nacional y global.

Creo que se impone otro tipo de reflexión. La forma concreta de lucha por el poder en general, y por el poder estatal en particular, no es lo principal: lo primero son los objetivos y formas concretas de lucha en el día a día de las personas, y el compromiso con estas, la unión de conciencia. Las consideraciones por lo que es o no realizable en el sistema político son seudorealistas, mientras que el día a día de las personas es la realidad que les impacta y les da vida o se las quita. El poder político es importante, pero para lograrlo es necesario cohesionar alrededor del objetivo común. ¿Qué mejor manera que generando condiciones de verdadera emancipación de la opresión a las personas?

El capitalismo transnacional y sus aliados pueden bloquear iniciativas, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial pueden ejercer presiones, y por el momento parece que la fuerza está del lado de ellos, pero las relaciones de poder no están preestablecidas, se modifican continuamente; las victorias conseguidas a favor de amplias masas de la población son una forma contundente de modificar el mapa de poder, a favor de los y las trabajadoras, de las mujeres, de los ancianos, de los campesinos, de todas las capas explotadas y oprimidas.

Hay luchas exitosas de todo tipo, como la auditoría de la deuda en Ecuador, que declara ilícita a una gran parte de ella, y legítima el no pago ante

tribunales internacionales; o el ascenso al poder de un indígena aymara en Bolivia; o la creación de Maquita Cushunchic, una organización solidaria en Quito, que trabaja de forma exitosa en sectores marginales rurales y urbanos, facilitando procesos de desarrollo humano, organizativo, crediticio y de mercado basado en los principios de justicia y solidaridad; o la Casa de las Ideas, aquí en el país, que facilita la comercialización justa de lo producido por mujeres marginadas pero organizadas productivamente.

La respuesta de la población organizada en la lucha por la vida no está preestablecida, puede que sea insuficiente, puede que avance; lo cierto es que puede modificar la situación política mundial y derogar el sistema capitalista vigente actualmente. Las relaciones de poder pueden cambiar, de manera que se recupere la esperanza de un mundo mejor.

Lograr iniciativas comunitarias, nacionales e internacionales

Para ello hay que centrarse en la metodología marxista: la lucha no es por la imposición dogmática y sectaria de antemano de cualquier objetivo preestablecido al movimiento real de las masas. Es la expresión consciente de ese movimiento, que no hace más que desarrollar los elementos constitutivos de una nueva sociedad que se abre paso ya en el seno de la vieja sociedad.

La vieja sociedad cuenta con compañías transnacionales que dominan sectores cada vez más amplios del mercado mundial, se trata de lo que Marx llama centralización del capital. Esto, a su vez, lleva la lucha de clases a nivel mundial. Los dueños de estas empresas tienen un sentido de cohesión y preparación mucho más acendrado, tanto nacional como globalmente, que la clase trabajadora y la mayoría de los movimientos antisistema.

Ante esta situación, los y las trabajadoras de cada país tienen tres opciones: luchan en conjunto con sus patronos para entrar en la competencia internacional depredadora, como ha sucedido paradigmáticamente en la maquila textil, en donde la competencia se basa en contracción salarial y desmejoramiento de las condiciones de trabajo; o la competencia internacional entre trabajadores se lleva a cabo de forma desleal, por medio de la migración de grandes contingentes de personas dispuestas a trabajar en otro país diferente al suyo en condiciones laborales peores que los nacionales de los países de destino; o se logra crear un sentido de solidaridad entre los obreros y obreras de todo el mundo para luchar contra los explotadores internacionales y nacionales.

En el primer caso, se abre una espiral inevitable de reducción de los salarios, de la protección social, de las condiciones de trabajo en todos los países, lo que se llama flexibilidad laboral, en aras de una mayor competitividad. Para las empresas transnacionales, es relativamente fácil trasladar su producción o parte de ella a los países con salarios más bajos o chantajear al movimiento obrero o a los Gobiernos para hacer concesiones de antemano.

En el segundo caso, el resultado es el mismo, con el agravante de que la reducción de las condiciones de trabajo se acompaña de una persecución legal contra los trabajadores, quienes tienen que enfrentar ser perseguidos y acosados como delincuentes, además de vapuleados, oprimidos y sobreexplotados por sus empleadores en los países de destino. En ambos casos, se profundiza la tendencia a la pauperización de la clase trabajadora.

Por el contrario, en el tercer caso, existe la posibilidad de una espiral virtuosa que progresivamente aumente los salarios, protección social y, en general, las condiciones laborales, reduciendo las diferencias de bienestar de un modo positivo. Lo que los economistas llaman la convergencia de las condiciones de trabajo.

En términos de política económica, lo que se propone no es oponerse a la creación de empleo en los países menos desarrollados. Pero una propuesta más a favor de los trabajadores sí implica otro modelo de desarrollo, no orientado a las exportaciones de productos primarios o manufacturados con bajo contenido salarial, o a la exportación de fuerza de trabajo, sino orientado hacia la ampliación del mercado interno y hacia la satisfacción de las necesidades elementales de las personas.

Los movimientos laborales deberían unirse al resto de movimientos sociales para lograr establecer una alianza estructural y organizada de los marginados. Nuestra labor, como universidad, es facilitar la autoorganización, defender su derecho a hacerlo, instarlos a conquistar la dignidad y la esperanza. Existe el peligro de que los movimientos sociales, que traducen la angustia de los abandonados por el capitalismo, sean cooptados por los burgueses y se despoliticen o busquen salidas individuales que no hacen más que reforzar la dinámica del sistema, o, peor aún, que se constituyan en la base social de ataques derechistas de tipo neofascista y autoritario. Debemos alertarlos contra esto.

Lo importante es desechar el dogmatismo, eliminar de sí la creencia de la posesión de la verdad absoluta o de la respuesta definitiva. La construcción de alternativas al sistema capitalista es más bien un inmenso laboratorio de experiencias, casi todas nuevas, todavía en construcción. Se debe aprender del acompañamiento y de la práctica con las comunidades. Estar abierto al diálogo entre iguales, al diálogo abierto y fraterno, defender con firmeza los principios que sustentan cada organización o comunidad.

En la lucha está en juego la vida en la Tierra. Las hambrunas, epidemias, miseria, centrales nucleares, vulnerabilidad extrema, crisis ambiental son el resultado del desenvolvimiento histórico del sistema capitalista.

Según la FAO (Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, por sus siglas en inglés), este año el mundo alcanzará una cifra récord de más de mil millones de personas que pasan hambre a diario, lo que equivale a una sexta parte de la humanidad. En Latinoamérica y el Caribe, 53 millones de personas pasan hambre crónica. La realidad del ca-

pitalismo actual impone que cerca de 218 millones de niños menores de 5 años trabajen en el mundo, de los cuales 126.3 millones laboran por bajos salarios, sin protección y, en demasiadas ocasiones, en situaciones límites de riesgo. En El Salvador, son más de 200,000 niños y niñas los que se ven obligados a trabajar. Para los trabajadores, esta crisis ha causado, según la OIT, que más de 200 millones de personas pierdan sus empleos.

El carácter emancipador de las alternativas al sistema

Cualquier alternativa, para llamarse como tal, está dispuesta a asumir la lucha en contra de esas amenazas. Eso supone tres condiciones. La primera es que bajo ninguna condición se subordine el apoyo a las luchas sociales a cualquier proyecto político; debemos estar incondicionalmente al lado de las mayorías populares en todas sus luchas.

La segunda condición es la concientización y la educación entre las mayorías y los movimientos sociales del objetivo global, de un modelo alternativo que integra las principales experiencias y formas de conciencia nueva de las últimas décadas. Debemos defender un modelo de socialismo, si se quiere llamar así, que sea emancipador en todos los ámbitos de la vida. Éste debe ser autogestionario, feminista, ecologista, radical-pacifista, pluralista, extendiendo cualitativamente la democracia, internacionalista, pluripartidista. Pero es decisivo que sea emancipatorio para los productores directos.

Lo anterior no es realizable si no desaparece progresivamente el trabajo asalariado, la división social del trabajo entre aquellos y aquellas que producen y aquellos que administran y acumulan. Los productores y productoras deben tener el poder real de decidir cómo se produce, qué se produce y cómo se utiliza una parte mayor del producto social. Ese poder debe ser conducido de manera plenamente democrática, es decir, debe expresar las convicciones reales de los trabajadores y su comunidad.

Hay prácticamente un consenso sobre el peso cada vez mayor de la corrupción y de la criminalización en la sociedad. Pero se debe entender que ello está estructuralmente ligado a la importancia del dinero en la sociedad. Es utópico, es irrealista, esperar la moralización de la llamada sociedad civil y del Estado, sin la reducción radical del peso del dinero y de las economías de mercado.

No se puede defender una visión coherente de alternativa, sin oponerse de manera sistemática al egoísmo y a la búsqueda de ganancias individuales a pesar de todas las consecuencias para la sociedad en su conjunto; la prioridad debe ser la solidaridad y la cooperación. Y eso presupone, precisamente, una reducción decisiva del peso del dinero en la sociedad.

La tercera condición es el rechazo total a toda práctica paternalista, verticalista. Debemos reflejar y transmitir la principal contribución de Marx a la política: la liberación de los trabajadores no puede ser más que la obra de los trabajadores mismos. No puede ser obra de Estados, Gobiernos, parti-

dos, dirigentes supuestamente infalibles, o de expertos de cualquier tipo. La función de todos estos entes ha de ser solo de acompañamiento, no de sustitución de los procesos de toma de decisiones.

La práctica diaria debe ser totalmente conforme a los principios marxistas; en este sentido, no se puede justificar ninguna práctica alienadora u opresiva. Debemos, en la práctica, realizar lo que Marx llamaba imperativo categórico de luchar por derrotar las condiciones en las cuales los seres humanos son enajenados y humillados. Si nuestra práctica es conforme a ese imperativo, todo movimiento que asuma estos principios logrará una formidable fuerza y legitimidad política que lo hará invencible. Nuestra obligación ética es trabajar por ello desde nuestro quehacer universitario, en la docencia, la investigación y la proyección social.